

LAS TRES PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO

Me refiero a tres palabras o frases que considero claves para interpretar la misión petrina tal como la entiende este Pontífice. Quizá podríamos hablar de “las tres gracias” que Dios aporta a la Iglesia por su mediación. Con un par de advertencias: que los comentarios que las amplían son el eco **subjetivo** de las mismas en quien escribe; y que, si el desarrollo que hacemos se aproxima a la verdad, aún es preciso distinguir entre las intenciones iniciales y los resultados finales. Estos últimos no dependen únicamente de la voluntad del Papa; tienen que ver con la respuesta de la Iglesia, pastores y fieles, de su colaboración leal con el sucesor de Pedro. Además, en el camino de la Iglesia se cruzarán factores inesperados, acontecimientos y urgencias no previsibles. Y, sobre todo, irá por delante la acción sacerdotal del Señor, su señorío sobre la Humanidad. Se trata solamente de subrayar indicios, deseos, pistas. E invitar a rezar.

1. *Me llamo Francisco*

Según ha relatado él mismo, el nombre lo decidió tras oír las palabras de ánimo del Cardenal Hummes, al estallar el aplauso que corroboraba la mayoría de votos superada; este, al parecer, le pidió que no olvidara a los pobres. Bergoglio decidió llamarse Francisco pensando en Francisco de Asís, el *poverello*. En perfecta continuidad con su vida ministerial de amor a la pobreza y a los pobres, de distanciamiento del poder, de sencillez y humildad. El nombre es el programa. Pero, ¿qué sugiere este nombre como “programa” pontificio?

1.1. *Iglesia pobre para los pobres.*

En una conferencia anterior —también publicada en esta página— sobre la renuncia de Benedicto XVI, subrayé el hecho evidente de que el

Postconcilio como *receptio* trabajosa y polémica había terminado; que ahora, desaparecidos aquellos grandes obispos y teólogos, empezaba de verdad el desarrollo del Concilio como hecho y doctrina de comunión. Cincuenta años, cincuenta días, cincuenta: un año de gracia. Uno de los puntos claves del Vaticano II fue la llamada a la pobreza y al servicio a los pobres. El 7 de diciembre de 1962, al finalizar la primera sesión, el Cardenal Lercaro pronunció en el aula un discurso memorable. Decía, tomando palabras de Juan XXIII: "*El misterio de Cristo en la Iglesia es siempre, pero sobre todo hoy, el misterio de **Cristo en los pobres** porque la Iglesia es la Iglesia de todos, pero sobre todo es la Iglesia de los pobres*". La puesta en práctica, heroica pero inmadura muchas veces, de esta llamada del Señor produjo mártires, víctimas y, por desgracia, también *celotes*. No es fácil distinguir siempre. Dividió a la misma Iglesia. Ahora, esa llamada, madurada en el sufrimiento, en el silencio, en la oración, emerge limpia de ganga, encarnada en un hombre probado, libre de ideologías y totalmente fiel al mandato, Francisco. Viene la "segunda oleada", que, a mi juicio, se distingue de la primera globalmente por superar el lenguaje y la realidad de *opción* ("opción por los pobres", elección que uno hace), y abrirse a la realidad de la *misión encomendada*, de la vocación dada. Es ahora la Iglesia, Pedro, quien envía; no es preciso optar sino obedecer. Y dado que no se trata de "opción" a la medida del propio carisma o deseo, el paso que se anuncia es de otro estilo: más humilde, sin pretensiones de libertadores. Cercanía, fraternidad real, anuncio de Jesucristo: *Los pobres son evangelizados*.

1.2. Un estilo de gobierno

También en la conferencia aludida, atribuía imaginativamente a Benedicto XVI una inexistente encíclica que, con más atrevimiento aún, nombraba como *Vos Non Sic* (No así vosotros). El deseo y la llamada latentes en la renuncia del anterior Pontífice se convierten ahora en el nombre del actual. ¿Qué nombre mejor para expresar el sueño de Benedicto XVI? Este nombre significa el rechazo del "*cursus honorum*", de la carrera eclesiástica, de las luchas por el poder. Su discurso en la Misa del Inicio del Ministerio Petriño ha interpretado así dicho ministerio eclesial; pero, al

tiempo, ha instado a los líderes del mundo a servir, a ser custodios de la creación y de los desheredados. Por tanto, el nombre elegido es el anuncio de un estilo de gobierno eclesial, y de una invitación a los gobernantes del mundo a seguir este camino de servicio.

1.3. *Ternura y misericordia*

La elección del nombre supone, finalmente, una llamada a la caridad como característica de la vida cristiana. La aparente ruptura de estilo entre Benedicto y Francisco —un piadoso *herr professor* de fama mundial que descansa interpretando al piano sinfonías clásicas, y un párroco-obispo, bien formado teológicamente y aficionado al tango porteño— encubre en realidad una continuidad muy fuerte entre la predicación del Papa anterior y la actitud pastoral de este. Recuérdese que la primera encíclica de Benedicto XVI, su primera enseñanza oficial a la Iglesia, fue sobre la caridad. Este, Francisco, pone el gesto y la libertad. La misericordia infinita de Dios pasando por el hombre y renovando todas las realidades humanas. Misericordia, ternura, afecto; eso sí, reales, eficaces, no meramente sentimentales.

2. *Soy Obispo romano*

Lo ha destacado desde el comienzo. La primera felicitación pública, durante su aparición inicial recién elegido, fue para el *Obispo emérito de Roma*, frase que el comentarista cambió por *Papa emérito*. Se presentó ante la multitud que llenaba la Plaza de San Pedro como Obispo de Roma, ¡habló a los romanos!, sus diocesanos, antes que al mundo (¡y sólo en italiano!) y ha declarado su intención de evangelizar la ciudad ayudado por su Vicario. En una palabra, se siente Obispo de Roma, pues en eso consiste el pontificado. A su lado, tanto en el momento inicial como en la visita a Santa María la Mayor para rezar por el pueblo romano, siempre el Cardenal Vicario. Lo ha manifestado continuamente y de muchas maneras. Se siente

Obispo de Roma y, como tal, Pontífice de la Iglesia Universal desde la Iglesia que preside la Caridad ecuménica. Un Papa romano. La vieja sede diocesana, San Juan de Letrán, recuperará una significación que la construcción de la Basílica de San Pedro y su columnata abierta para abrazar al mundo hizo olvidar. Por cierto: ¿tiene sentido desglosar el inicio del pontificado de la presentación pública como Obispo de Roma? ¿Son dos cosas distintas? Y de separarlos, ¿tiene lógica poner antes el de Pontífice que el de Obispo romano? ¿No se deriva aquel de este? Vuelvo al hilo: habrá que ver qué agilidad de movimientos le permitirá su condición de Jefe de un Estado en el interior de otro Estado, pero parece seguro que no va a delegar del todo la tarea pastoral sobre su Ciudad episcopal. ¿Qué puede significar esto?

2.1. *Episcopado e Iglesia particular.*

En primer término, una explícita recuperación de la teología de la Iglesia particular y del episcopado. Ambas realidades han sufrido cierta paralización en los últimos pontificados. Veo tres motivos que pueden explicar esta relativa parálisis:

① La concentración de la pastoral mundial en la persona tan recia y significativa de Juan Pablo II. La grandeza de este Pontífice, su presencia en los medios, quizá ocultó un tanto la importancia del episcopado. Era un momento crítico, de dispersión y fragmentación, y la Iglesia se concentró sobre el ministerio encargado de la unidad. Pero hasta los mejores medicamentos tienen efectos secundarios negativos. El episcopado quedó en la sombra.

② El excesivo protagonismo de los nuevos movimientos, apiñados en torno al Papa, realzando su ministerio y defendiendo los valores de la vida amenazados por la cultura de la muerte. Un gran don de Dios que hay que mimar para que siga dando sus frutos; pero quizá llega el momento de que diócesis y parroquias emerjan pastoralmente y sean el lugar propio, la base de la evangelización, los centros misioneros locales. Quizá estemos cercanos a un cambio de nombre para cambiar la realidad: de *parroquia* a *misión local*.

③ La lenta, ambigua y dificultosa realización de la unidad obispo-presbiterio que auguraba el Vaticano II y que desarrolla *Pastores Dabo Vobis*. El presbiterio no ha pasado de ser la suma de presbíteros individuales; los fieles solamente contemplan a “su cura”; los obispos todavía no aparecen como el Esposo que llega sino como los delegados del Gobierno central; aman a sus presbíteros, pero raramente sueñan con un Presbiterio; han de enfrentarse a asambleas seudodemocráticas o bien prescindir del Consejo de presbíteros entreteniéndolos con banalidades. Hace falta tiempo, oración, esfuerzo... y gracia. Esta lentitud ha pasado y pasa por figuras algo parciales de obispos (muy dados al diálogo con el mundo hasta silenciar verdades esenciales, o muy enclaustrados en la liturgia y en la administración diocesana; muy “a su aire” o muy dependientes de la Curia; muy disueltos en sus consejos y asambleas o muy al margen de ellos). El número de fracasos pastorales ha dejado excesivamente en manos de la Curia romana el nombramiento y traslado, y ha convertido a muchas diócesis en lugares de paso sin relevancia — *diócesis virtuales*—, existentes sólo para preparar obispos para las grandes diócesis. Sin exagerar los cambios, parece poder pensarse que la tendencia del nuevo Papa es devolver al episcopado y a las diócesis su importancia teológica y pastoral.

2.2. Colegialidad

Con ello no hay duda de que se puede dar algún paso en la dirección de profundizar en la colegialidad. Dos líneas de desarrollo aparecen como complementarias:

① Equilibrar la misión pontificia con la episcopal desde la más honda tradición patristica, tal como el Vaticano II lo hizo para completar la definición del Primado del Vaticano I. Sin negar, por supuesto, el Primado, pero renovando el modo de ejercicio.

② Recuperar la “episcopé” o autoridad episcopal más como dedicación a la oración y la predicación (Mc 3,14; Hch 6,2.4) que como gerencia revestida de jurisdicción. Evacuar, en lo posible, el diaconado del sacerdocio para que este lo sea de verdad.

Quizá ello conlleve revitalizar el Sínodo de los Obispos, siguiendo y superando la línea de Benedicto XVI en el último, y poner realmente la Curia al servicio del episcopado y no sobre él: las diaconías al servicio del sacerdocio, no al contrario. Se requiere para ello un espíritu de comunión y no de confrontación. Esta elección puede ser el comienzo. Quizá la reforma de la Curia, más allá de su reestructuración o adelgazamiento, radique en la libertad del Pontífice para relacionarse con el episcopado y trabajar con él.

2.3. *Ecumenismo*

Por último, la colegialidad episcopal, servida desde la Iglesia de Roma y por su Obispo como Sumo Pontífice, no cabe duda de que beneficia el camino de la unidad entre los cristianos. Los cristianos ortodoxos, muy cercanos a la herencia patrística en estos temas, no aceptarán un primado real y eficaz que no sea, en su teología, en su praxis, en su estilo, netamente episcopal, sacerdotal. La asistencia del Patriarca griego a la Misa referida es un signo. No se logrará solamente por esto, pero puede ser un factor muy importante y positivo.

3. *Vengo del fin del mundo*

“... Saben que el deber de un cónclave es dar un obispo a Roma y parece que mis hermanos cardenales han ido a buscarlo al fin del mundo, pero ya estamos aquí”. Una frase casual, bromista, seguramente recordando la de Juan Pablo II en su presentación (obispo venido del frío), pero que puede tener muchas lecturas y puede resultar profética. Veamos:

3.1. *De la periferia*

Del extrarradio del mundo... europeo. De América, continente católico en grave crisis tanto político-económica (fracaso de la democracia

oligárquica, populismos revolucionarios) como religiosa (evangelismos sectarios). El Papado se libera de Italia, como se liberó de los Estados Pontificios. Es tanto como decir de la Curia. América, África, Asia, entran significativamente en el centro de la Iglesia: esta se universaliza, todo ello en perfecta línea con el Vaticano II. La gran preocupación de los últimos pontífices (parece) ha sido la apostasía de Occidente, hasta el punto de la constitución del nuevo Secretariado para la Evangelización por obra de Benedicto XVI. Ahora, tras una noche bregando sin pescar nada, parece que suena la voz del Señor indicando a Pedro que eche la red a la otra orilla. Si la Iglesia fue, primero, oriental desplazándose hacia occidente; luego, europea y mediterránea; ahora se hace verdaderamente mundial. Aquellas tesis de Walbert Bülmann (*La Tercera Iglesia a las puertas*), filtradas por el tiempo y la historia, empiezan a ser visibles. Era de Dios. Un desplazamiento geográfico, cultural y de estilo. Quizá con un fondo que desborda la geografía: ¿no serán los pobres los gentiles de hoy? ¿No serán ellos la otra orilla? ¡De nuevo Francisco!

3.2. *Del final de la historia.*

Los momentos intensos en la historia del cristianismo son instantes en que el Señor de la Historia viene a acelerar el final, a hacer presentir la Venida en gloria. Cronos, el tiempo continuo, “eterno”, cansino y crónico, es atravesado por una ráfaga de novedad, el *Kairós* que es Cristo. De aquí la fuerza escatológica, la novedad y aceleración de estos momentos de gracia. En una ponencia sobre la santificación del ministro en la administración de los sacramentos, me atrevía a sugerir que los sacramentos cristianos no son simbolismos terapéuticos vinculados a la gracia por voluntad arbitraria de Dios, sino intro-misiones reales del Verbo mediante el signo eclesial para abrir paso a la Venida, presencias anticipadas a la fe y para la fe. Todo sacramento se sitúa en el límite del tiempo. Y el ministro de los mismos, si está en su sitio, también. Este, el ministro, es el bautizado que, conducido por la llamada sacramental junto al Sacerdocio eterno del Señor, es devuelto a la Iglesia para hacer presencia de Jesucristo en la Comunidad. A veces nuestras palabras dicen más de lo que nosotros pretendemos en un momento. La frase del Papa podría

contener esa vivencia escatológica que vive hoy la Iglesia, esa irrupción de un *kairós* o tiempo nuevo, con una cierta ruptura. ¿No entendieron así a Francisco en su época? La devolución de sus vestidos al padre, la predicación del mensaje sencillamente, la reproducción de las llagas... ¿No fue Ignacio un presente del futuro de la Iglesia concedido por el Espíritu? Invitados especiales a esa primera Misa fueron los ministros generales de ambas órdenes que, realmente, representaban a toda la vida religiosa como irrupción y adelantamiento del futuro absoluto que nos aguarda por pura gracia. ¿No está relacionada esta dimensión con la novedad de la Nueva Evangelización, con la urgencia del tiempo, con la necesidad de centrarse sobre lo esencial y dejar lo accesorio? ¿No prelude ese franciscanismo del amor a las criaturas y ese jesuitismo de la utilización eficaz de los medios humanos la reconciliación entre creación y salvación en Cristo?

3.3. *En el límite que es la Cruz*

“Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su Hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1). El extremo es la Cruz, el fin del mundo de pecado, su derrota final y definitiva. La Cruz es la revelación del límite ilimitado del amor divino, es lo último en la lucha contra el mal: el último crimen y la última gracia, el último día y la última entrega.

Si esta lectura de indicios es más o menos acertada, puede colegirse que, pasados los primeros momentos de “enamoramiento mediático”, empiecen a surgir voces de desencanto y crítica; tampoco sería extraño encontrarse con fracasos o resultados muy pobres en la reforma anunciada por los gestos. ¿Podrá el Papa mantener el mensaje de pobreza sin que le acusen, por un lado, de demagogo, y, por otro, de caridad espiritualista vacía de análisis estructural? ¿Se debilitará **en apariencia** el peso universal del pontificado si se sitúa como Obispo real de Roma? ¿El estilo parroquial de homilías y de futuras encíclicas no será recibido por las elites “intelectuales” europeas como un simplismo impropio de su categoría ministerial? No es fácil vivir el Evangelio y menos desde una

responsabilidad tan amplia, con tanta historia y con tantos condicionamientos. El rol, todo rol, está construido en gran medida por las expectativas sociales, por lo que se espera de un oficio o papel social. ¿No defraudará unas expectativas tan complejas y contradictorias? La persona, sin embargo, va más allá del rol y pone su impronta sobre él, sobre todo si vive en Cristo. Y la persona que acompaña el camino del Señor, antes o después, es por otros atada y conducida a donde no quiere. ¿No pidió la muerte de Jesús la misma multitud que antes lo aclamaba? “*Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús*” (Gal. 6,17), sus llagas o estigmas. ¿De nuevo Francisco?

En la alegría del momento se vislumbra también la Cruz. ¿Cómo no? Pero vuelvo a repetir una vez más lo dicho ante la renuncia de Benedicto XVI: es el Señor quien dirige los caminos de la historia hasta que desemboque en Dios. En él confiamos plenamente y a él encomendamos con devoción de hijos-hermanos al sucesor de Pedro, al Papa **Francisco, Obispo romano, venido del fin del mundo.**